

MODERNIDAD - POSTMODERNIDAD

*Claudio Raúl Condori Cutimbo**

RESUMEN

El presente artículo esboza la compleja relación entre la modernidad y la postmodernidad y el surgimiento de nuevos paradigmas de vida.

Se pretende en primer lugar hacer un análisis de la etapa de la modernidad y su influencia en todos los campos de la actividad humana, luego se presenta el tránsito desde la esfera puramente racional, que orienta todas las actividades del ser humano, hasta llegar a un racionalismo.

Se aborda también la postmodernidad como un período crítico de la historia, por las consecuencias que trae consigo tales como la desconfianza, la incertidumbre, perplejidad, etc. que se hacen presentes en toda la actividad del hombre.

Palabras clave: *Modernidad. Postmodernidad. Persona. Globalización. Sociedad. Transformación.*

ABSTRACT

The present article outlines the complex relation between modernity and post modernity, and the appearance of new paradigms of life.

In the first place, the article intends to make an analysis of the stage of modernity and its influence in all the fields of human activity, later it presents the transit from the purely rational sphere, which orientates all the activities of the human being, until it reaches a rationalism.

Post modernity is also approached as a critical period of history due to the consequences that it brings, such as mistrust, uncertainty, perplexity, etc. that are present in all the activities of man.

Key words: *Modernity. Post modernity. Person. Globalization. Society. Transformation.*

* Licenciado en Educación en la especialidad de Filosofía y Ciencias Sociales por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Realizó estudios de Teología en la especialidad de Teología Dogmática en el Instituto de Estudios Teológicos de Argentina, anexo a la Universidad Pontificia Salesiana de Roma. Cuenta con estudios de post-grado en Administración Pública.

INTRODUCCIÓN

Expresiones como postmodernidad, modernización, o crisis de la modernidad son, hoy en día, relativamente frecuentes en los discursos políticos, económicos, sociales, o intelectuales. Sin embargo, siguen habiendo equívocos y contradicciones en torno al término modernidad; por ello se ve la necesidad de definir o tratar de definir previamente estos dos conceptos para que de esa manera podamos diagnosticar su crisis y sus implicancias históricas en todas las áreas de la realidad.

La capacidad de transformarse y transformar el mundo constituye una de las riquezas de la humanidad, de ahí que la historia siempre es cambiante y, conforme el tiempo avanza, las producciones culturales también lo hacen y la historia se vuelve más compleja.

Actualmente, se denomina postmodernidad a la era que transitamos: un más allá de lo moderno. Esto, en un marco de tendencia a la globalización, que a la vez se configura e implica una serie de modificaciones económicas, políticas y culturales para las diferentes sociedades del planeta, revisándose de esta manera muchos aspectos de lo instituido, como son las estructuras organizativas, las interacciones sociales, los procesos de producción de bienes y servicios, entre otros. Para entender mejor abordaremos primeramente los aspectos más sobresalientes de la modernidad, para que de esa manera nos acerquemos mejor a la comprensión de la postmodernidad.

I. LA MODERNIDAD

La modernidad es una noción sumamente compleja en su estructura y hasta ambigua, pero podemos definirla como el marco cultural que ha dado lugar a la civilización técnica, nacida de una sobrevaloración del espíritu humano respecto a su entorno natural y representado en un marco histórico de carácter lineal y progresista.

Para De Benoist la modernidad designa el movimiento político y filosófico de los tres últimos siglos de la historia occidental caracterizada por un proceso de racionalización.

El origen pues se sitúa en la época de la Ilustración en la que la razón pretendía orientar, por encima de todo, los diferentes órdenes y el funcionamiento de la vida en sociedad. A partir de la Revolución Francesa, es cuando se empieza a consolidar el poder y la fuerza de la razón como el principal instrumento que permitirá controlar al hombre y la naturaleza a partir de la comprensión e intervención sistemática en la realidad. En este período comienzan a tomar forma los grandes relatos, la gran narrativa como forma privilegiada y científica de explicación tanto de la historia de la humanidad como del mundo físico y experimental. Parece haber encontrado la llave del motor que va a poner en marcha el desarrollo planificado de la sociedad moderna en sus distintos planos. Esta razón tiene la pretensión de ser universal y, por tanto, de situarse por encima de las personas, las culturas y los contextos.

Al concluir el medioevo, la razón toma distancia de la fe y goza de autonomía con respecto al conocimiento revelado. Se vislumbra una razón instrumental, lo que Habermas

llamará “racionalidad técnica”, como herramienta primordial del pensamiento intelectual que sentará las bases para descubrir la Verdad que será reflejada en el conocimiento científico. La razón también será la semilla o el germen necesario para elaborar el conocimiento socialmente organizado en disciplinas, en especial el desarrollo del razonamiento lógico-matemático y su aplicación al campo de la Física que dará lugar, primero, a la consolidación y, segundo, a la diferenciación y diseminación de una amplia gama de ciencias experimentales. Es un período de florecimiento de las ciencias en el que sobresalen figuras como las de Descartes, Leibniz, Newton, etc. Este tipo de razón instrumental facilita la consecución de dos objetivos. Por un lado, dotar de un ordenamiento lógico al mundo físico-natural y también social, es decir comprenderlo en sus aspectos constitutivos. Por otro, a través de la aplicación técnica del conocimiento científico, transformar la realidad.

1.1. La modernidad en la creación de los estados.

La modernidad también se caracterizó por el desplazamiento de la población que habitaba en las zonas rurales hacia las grandes ciudades. A su vez estas ciudades se van a convertir en el centro de las decisiones políticas, en el foco del desarrollo socio-económico y en el núcleo de atracción y difusión de actividades culturales de todo tipo. Es entonces cuando empieza a forjarse la noción de ‘ciudadano’ como persona que participa activamente en la ciudad al ejercitar los derechos civiles y políticos que posee. El ciudadano es un miembro de la comunidad socio-política que constituye dicha ciudad.

Si en la época pre moderna la base de la economía se encontraba en los sectores primarios -pesca, ganadería y agricultura rurales-, en los tiempos modernos se inicia un claro desplazamiento hacia un nuevo medio que aparece con fuerza: el sector secundario. La invención, en primer lugar, de la máquina de vapor y, en segundo lugar, de los motores eléctricos y de combustión, que permite la constitución de las fábricas. La concentración de las industrias en las ciudades va a favorecer un rápido crecimiento económico mediante la constitución de nuevos modos de producción, es decir se pasa de una elaboración artesanal a las grandes producciones industriales y, de este modo, la racionalidad científico-técnica se instala en la fabricación de multitud de productos que se facturan en las grandes industrias.

Este modelo supone la separación entre diseño y montaje, planificación y ejecución, gestión y desarrollo, cabeza y mano. La organización se estructura de forma piramidal, de manera que la toma de decisiones se concentra en la cúpula, mientras que las tareas más o menos mecánicas son realizadas por medio de los operarios y trabajadores que se sitúan en la base. (Toffler, A. Una nueva civilización, Madrid, 1996, p. 48).

La producción en cadena permite la fabricación de una gran variedad de productos pertenecientes a diferentes sectores empresariales, con una disminución del costo y un aumento considerable del volumen de ventas. Esta mecanizada y automatizada producción es acompañada de una sistemática distribución, lo que a su vez diversifica los canales de comercialización. Al aumentar claramente la oferta de artículos de todo tipo y al tener acceso amplias capas de la población a unos recursos económicos suficientes

para cubrir las necesidades básicas, la demanda de los bienes de consumo empieza a crecer de modo paulatino. Así, a una producción en cadena le sigue un consumo de masas.

Este modelo de organización jerárquico no se limita a las fábricas o empresas, sino que, por el contrario, la burocracia comienza a penetrar con fuerza en las diversas instituciones sociales (instancias gubernamentales, instituciones locales, hospitales, escuelas, sindicatos, etc.) hasta llegar a convertirse de modo similar en una maquinaria pesada que regula y controla los intercambios humanos en los diferentes órdenes de la vida cotidiana.

El Estado-nación parece ser que se origina en la era moderna y alcanza su máximo apogeo en el siglo XIX. En este período histórico, el poder del Estado, liberado en parte de la monarquía y de la religión, se institucionaliza en el marco de un específico grupo social que habita un territorio concreto y que comparte una determinada cultura. La idea de Estado-nación resurge con fuerza a partir de la Revolución Francesa y se vincula al triunfo de las ideas de progreso y libertad.

La explosión experimentada en los diversos sectores económicos y la progresiva consolidación de la clase burguesa que gestionaba las actividades mercantiles y comerciales, camina en paralelo a la creación de nuevos modelos de ordenación de la vida pública. En este contexto socio-histórico, surge una nueva forma de organización política que concede voz y voto al pueblo en el gobierno del Estado-nación. A través del sufragio casi universal, las capas populares de la sociedad elegirán a sus gobernantes. Los principios básicos de igualdad y libertad proclamados por personalidades relevantes como Locke y Hume, van a sentar las bases para la construcción de las modernas democracias.

Todos los hombres nacen libres e iguales por lo que la sociedad no les debe arrebatar estas preciadas y naturales cualidades. Las claves para el gobierno del Estado nacional democrático serán: por un lado, la aparición de los partidos políticos que representan a distintas ideologías pero que respetan a toda la ciudadanía; y por otro, la necesidad del consenso como estrategia esencial para la toma de decisiones y la determinación de marcos legales. Las personas que logran acceder al poder político están obligadas a rendir cuentas de su gestión ante el resto de la ciudadanía. Las críticas a este tipo de democracia burguesa no se hicieron esperar. La fuerte corriente crítica liderada por Carlos Marx hace surgir una nueva forma de ideología, el marxismo, que pretende dar el poder directo y real a la clase proletaria frente a la clase burguesa. Desde esta perspectiva socialista, se propone que la democracia debe de ser dirigida pero también tiene que defender los intereses de las clases más humildes: obreros y campesinos.

En las democracias modernas, los ciudadanos se convertían, a partir de una determinada edad, en contribuyentes, es decir, aportaban una parte de sus bienes a las arcas del Estado. Este importante mecanismo de redistribución de la riqueza personal, llegó a permitir al Estado, empujado por las conquistas sociales, la posibilidad de tratar de asegurar a la mayoría de la población algunos derechos mínimos generalmente

defendidos en la Constitución. En particular, desde un principio se puso énfasis en el derecho a la educación, a la salud y a tener cubiertas una serie de necesidades básicas: vivienda, trabajo, etc. Es así como se va configurando el denominado Estado del Bienestar. La comodidad y tranquilidad de gran parte de los ciudadanos va a favorecer tanto la paz social como la prosperidad económica. El progreso industrial y mercantil no se va a ver afectado así por la presencia de conflictos sociales entre diferentes estratos.

Pero el Estado-nación requiere para su funcionamiento eficiente de una poderosa organización burocrática que, como señalaba Max Weber, olvida el factor humano y se torna en impersonal. Las persistentes reglas y el carácter formal de las relaciones sociales en el seno de las instituciones alienan a la persona.

Los miembros de la organización pueden llegar a sentirse aplastados por el peso de la maquinaria burocrática. La sumisión del hombre a la máquina y la separación de la planificación, de la ejecución, no deja margen para la reflexión.

La gran cantidad de horas que los obreros pasaban en las fábricas o que los campesinos dedicaban a cultivar la tierra, no dejaba tiempo suficiente para la participación en la vida comunitaria. Y las personas alienadas, como sostenía Hegel, son propicias a caer en la infelicidad, no sólo en la fábrica sino también en los hogares. En este estado de ánimo, el trabajador no establece, como reconocía Marx, ningún tipo de identificación positiva ni con las tareas deshumanizadas y mecánicas que realiza, ni con la empresa a la que pertenece. Entonces tenemos que preguntarnos: ¿Dónde quedan las identidades personales?, ¿qué lugar ocupa la persona en el mundo en la producción?

De este modo, el individuo tiende a caer en un estadio de enajenación, se siente aislado, inseguro y poco útil para la sociedad, puesto que no tiene ningún tipo de participación en la planificación de su propia labor. El trabajo realizado no tiene ningún significado para quien lo produce. El trabajador carece así de estímulos internos, lo único que le queda son las recompensas de carácter externo.

Estos elementos que se presentan en la modernidad comenzaron en las últimas décadas a perder la firmeza que les caracterizaba y a partir de una influencia del capitalismo se inicia una profunda transformación del entramado social en todos los ámbitos constitutivos de la sociedad y empieza a emerger una nueva forma de configuración de la vida colectiva que afecta de uno u otro modo a las diferentes culturas que coexisten en este planeta. Sin embargo, donde mayor impacto tiene es naturalmente en las sociedades más avanzadas que experimentaron en el último siglo un desarrollo espectacular. En particular, los avances en las ciencias experimentales o humanas y la creciente invención y rápida propagación de herramientas tecnológicas que han permitido un progreso económico que a su vez ha calado y ha transmutado los diversos sectores de la sociedad industrial.

II. SURGIMIENTO DE LA POSTMODERNIDAD

Estos cambios se dejan notar y se hacen patentes no sólo en la esfera comercial, sino también en la cultura, la política, la ciencia, la ética, el arte, y, obviamente, en la educación y en la formación. Por este motivo, se observa en la actualidad un amplio despliegue intelectual en el campo de las Ciencias Sociales (Sociología, Política, Economía, Pedagogía) y en el campo de la filosofía para tratar de comprender cuáles son los principales cambios que está experimentando esta nueva sociedad. Aunque desde estas distintas áreas se vienen utilizando diferentes términos para denominar este nuevo orden social, al destacar una cualidad particular (información, comunicación, conocimiento, aprendizaje,...), parece que el calificativo más general es el de postmodernidad. De este modo, la sociedad emergente se define por oposición o contraste con la sociedad moderna.

Hay que señalar que, no quiere decir que se haya superado por completo o se haya abandonado el viejo orden para poner en su lugar el nuevo. La nueva realidad se construye sobre la anterior forma de configuración social, es decir la modernidad, que a su vez permanece, aunque alterada por las poderosas corrientes reformadoras. En el mismo sentido parece decidirse Habermas (*Conocimiento e interés*, Madrid, 1986, p.45) para quien la modernidad representa un proyecto social que no ha llegado aún a su fin, sino que está evolucionando mediante la transformación de las líneas prioritarias del pensamiento ilustrado surgido en el período de la ilustración.

Sin embargo para Lyotard (*La condición postmoderna*, Madrid, 1989, p. 42), la postmodernidad se concibe como una abierta y completa oposición a la modernidad; supone una ruptura de la razón, la gran narrativa, para instaurar en su lugar otras posibles y diversas razones o narrativas.

De algún modo, la postmodernidad se alza como una corriente crítica a la sociedad moderna que pone en cuestión sus principales razones de existencia y deja entrever sus grandes paradojas y problemas: guerras, hambre, desempleo, catástrofe ecológica, crecimiento desmesurado, racismo, xenofobia, exclusión social de la mujer y de las minorías étnicas, etc. No es legítimo que en nuestra compleja sociedad se sigan manteniendo estas graves injusticias y discriminaciones, por ello surgen las preguntas que caen por su propio peso: ¿No se debería aplicar la racionalidad de manera holística, es decir, también en estas cuestiones preocupantes para la humanidad? ¿O es que la racionalidad únicamente es factible para una parte de la sociedad, principalmente el mundo económico y científico-tecnológico? Estas contradicciones latentes constituirán una amplia y consolidada mirada crítica sobre la realidad.

Aparece así claramente que nuestro mundo actual es consecuencia de un pasado que hunde sus raíces en la modernidad. Es un mundo complejo que no se ha construido en un abrir y cerrar de ojos, sino que es al mismo tiempo consecuencia y causa del devenir socio-histórico que ha experimentado una determinada cultura que reluce y se impone como un monolito hegemónico. La sociedad postmoderna, post-industrial, trata de recomponer el funcionamiento y la organización en cada subsistema tomando como base los restos de este complejo problema en discusión y que poco a poco se va recomponiendo.

Las crisis se presentan por doquier y sin cesar en todos los ámbitos del sistema - político, económico, laboral, ambiental, cultural, educativo-, por lo que el trabajo a realizar requiere un esfuerzo comprometido y conjunto de todos los grupos y estratos sociales. Una nueva sociedad está naciendo pero hay que reconstruirla entre cada uno de los ciudadanos del siglo XXI, por medio de la paciente reflexión, del diálogo abierto y sostenido y de la actuación en colaboración. Estamos de acuerdo con Coronel cuando afirma que: *“La convergencia de la ciencia postmoderna y los discursos críticos crean un marco prometedor en la generación de una nueva matriz normativa para la concepción y producción del mundo, una concepción de estar en el mundo en la que éste no se encuentra fuera del que habla o actúa. La sustitución de la objetividad por múltiples subjetividades que interactúan en la construcción de la realidad”* (Coronel J.M. Proyecto docente, 1995, p. 125).

Una vez superada las dos grandes guerras que han zarandeado a la humanidad en el siglo XX, comienza una época de expansión económica y comercial que se prolongará hasta nuestros días. Este desarrollismo, sin embargo, va a estar acompañado de importantes cambios culturales, políticos, sociales y tecnológicos que van a abrir las puertas del nuevo orden mundial. En la década de los sesenta se produce una auténtica revolución cultural en la medida en que aparecen, dentro del uniforme panorama del capitalismo, otras alternativas de comprensión de la realidad que empiezan a mostrar una nueva forma de ver el mundo.

Es una oleada internacional que lucha contra el sistema económico basado en la industrialización, el comercio y el consumo de productos en masa. Aparecen en distintos países movimientos ecologistas, pacifistas, anarquistas, independentistas, sindicalistas, etc. que se constituyen como una especie de “contracultura”. Esta cosmovisión alternativa se manifiesta en diferentes aspectos de la cultura: música, vestimenta, espacios de intervención y creación, cine, etc.

... Un movimiento que se dio a conocer por casi todo el planeta gracias a los medios de comunicación que entonces se difundían de forma importante. Es una corriente que no llegó nunca a extinguirse por completo; es más, está reapareciendo en estos mismos momentos de diversas maneras. Por tanto, es posible considerar con Harvey que la postmodernidad surge a principios de la década de los setenta y se extiende hasta nuestros días. Este reciente período se refiere pues a la construcción de un nuevo orden mundial dentro del capitalismo avanzado.

Pero debemos preguntarnos urgentemente, ¿cómo es esta emergente sociedad?, ¿en qué aspectos se dejan percibir las huellas del cambio de civilización?, ¿cuáles son los rasgos que caracterizan a esta nueva forma de configuración del sistema social?, ¿en qué elementos se aparta del proyecto de la modernidad? La respuesta a estas cuestiones no resulta nada simple, sin embargo, presentaremos dos características importantes para comprender esa sociedad postmoderna que se encuentra siempre en estrecha relación con la modernidad.

2.1. Nuevo marco epistemológico.

Las sociedades modernas han fundamentado su desarrollo en una racionalidad instrumental de carácter técnico. Pero, como afirma Habermas, es necesario y urgente en esta época post-industrial considerar también el valor tanto de la racionalidad o epistemología de la práctica como de la racionalidad crítica. La razón objetiva constituyó el principal fundamento para el avance de las ciencias, en especial las experimentales, lo que a su vez permitió la amplia revolución tecnológica. El denominado método científico era el procedimiento que había que aplicar en todas las áreas del saber para llegar a generar un conocimiento objetivo, neutral y universal.

Sin embargo, algunos investigadores opinan que este tipo de conocimiento científico-técnico es insuficiente para resolver todos los problemas que diferentes tipos de profesionales pueden encontrarse en la práctica. El saber universal pierde de vista tanto las riquezas e incertidumbres de los diversos contextos, como el saber que cada profesional ha construido a partir de su propia experiencia. En distintos ámbitos de actuación surgen problemas más o menos complejos que son irresolubles mediante una intervención dirigida exclusiva y linealmente por un conocimiento técnico. Es necesario también activar y poner en práctica un “conocimiento-en-acción” que se deriva del arte y pericia que cada profesional posee.

2.2. Aparición de la sociedad global del conocimiento.

Desde la aparición de las principales vías de transporte así como la invención de los diversos medios de información y comunicación que se han sucedido durante los dos últimos siglos, las coordenadas espacio-temporales de nuestro planeta comenzaron a estrecharse. Las distancias entre lugares o países lejanos se hacían más cortas a la vez que el tiempo de duración de los viajes y de las comunicaciones se reducía de forma considerable. Ya hace algunos años que algunos pronosticaban la construcción de un mundo más complejo e interrelacionado que denominaban metafóricamente con el término “aldea global”. El tiempo ha pasado casi sin damos cuenta, la sociedad ha avanzado a un ritmo veloz y constante, y sus predicciones de entonces se han cumplido a grandes rasgos. Con un propósito similar, para destacar el valor preponderante de la interconexión aún mayor existente en nuestro entorno mundial Castells ha acuñado la noción de “sociedad-red”. Es decir, en la actualidad los individuos nos encontramos y nos relacionamos dentro del marco de una tupida red de intercambios socio-comunicativos de bienes y servicios, materiales y culturales. Una gran parte de los ciudadanos de nuestro tiempo empiezan a sentir que ya no pertenecen tanto a su propia localidad como a esta especie de aldea planetaria. La mayoría de las identidades individuales y colectivas emergentes en nuestra época no se ubican en un lugar concreto enclavado en un país determinado, sino que más bien se auto perciben como “ciudadanos del mundo”.

Al respecto, Delanty (*Civilización global*, 2000, p. 98) ha definido la ciudadanía cosmopolita como un nuevo modo de ciudadanía “desterritorializada y fragmentada dentro de discursos separados sobre derechos, participación, responsabilidad e identidad”. Según su análisis, este reciente nacimiento se debe a la confluencia de un conjunto de

factores determinantes de la era global reflejados en nuevas expresiones con relación a diversas cuestiones, tales como: identidad cultural, vínculos cívicos, derechos humanos, innovaciones tecnológicas, sustentabilidad ecológica, movimientos migratorios, multiculturalismo, movilización política e integración transnacional. En paralelo, estamos observando, no obstante, un recrudescimiento de los movimientos localistas y nacionalistas en algunas culturas que tienden a cerrarse en sí mismas.

Desde esta perspectiva actual y global podemos considerar que se está creando una nueva sociedad en el “tercer entorno”: es lo que se denomina Telépolis. El primer entorno sería el natural que correspondía a las antiguas sociedades agrícolas, mientras, que el segundo entorno se basaría en la ciudad cuyo canon sería la sociedad industrial. Así pues, el tercer entorno está constituido por el ciberespacio por lo que representa “una ciudad a distancia”, mantenida a través de redes telemáticas.

En este nuevo espacio virtual es posible realizar gran parte de las actividades comunes en nuestra vida cotidiana: trabajar, indagar, comprar, leer, oír música, charlar, negociar, aprender, etc. Esto es Telépolis, el reciente entorno que se sitúa en el marco de la sociedad de la información. Y en esta sociedad de la información, como también llamada una sociedad del conocimiento surge una filosofía que se viene conociendo como “calidad total”, en cuanto que permite reducir al mínimo posible los errores que se detecten y corregirlos en ese mismo momento. Este objetivo se consigue a través de los “círculos de calidad” en el que los propios trabajadores ponen a disposición de la empresa sus ideas y destrezas para localizar las dificultades u obstáculos y plantear potenciales estrategias de resolución. Estos círculos se organizan en pequeños grupos donde se intercambian los puntos de vista y propuestas al respecto. Como es propio de la cultura japonesa, esto permite una mayor identificación de los trabajadores con los propósitos de la empresa: incremento de la productividad y aumento de la calidad. La meta última es la atención y satisfacción de los clientes. El descubrimiento del factor humano en su totalidad dentro de la empresa, se extiende incluso al ámbito afectivo. Se intenta conseguir que los trabajadores se encuentren a gusto durante el desempeño de su labor y que se sientan personas útiles. Para ello, no sólo es necesario contar con sus ideas y experiencias sino asimismo con sus intereses y expectativas. Es una de las dimensiones hasta ahora ausentes de los recursos humanos que en la actualidad está cobrando una gran relevancia. Al destacar esta variable, Goleman ha acuñado el término de “inteligencia emocional” para indicar la urgencia de contemplar dentro de las empresas el valor de los sentimientos y afectos de las personas que trabajan en su seno.

Pero dentro de esta nueva filosofía de gestión más flexible, el poder de los directivos permanece latente aunque se ejerce de forma más difusa. Las jerarquías siguen estando presentes, como advierte Torres: *“éstas son reales ya que, en el fondo, lo que se somete a discusión son los medios y formas de obtener unos productos determinados; lo que queda al margen del colectivo trabajador son los verdaderos objetivos empresariales: qué producir, qué cantidad, por qué, cuándo y dónde”*. (Política, educación y sociedad, 1995, p.25). Es decir, las decisiones más importantes quedan al margen de los círculos que integran los

asalariados. La producción ligera en fábricas flexibles que defiende la industrialización, va a permitir también hacer frente a un mercado extremadamente cambiante y a un consumo cada vez más diversificado de productos. La mutante demanda hace que no se puedan acumular grandes cantidades de productos ya que éstos quedan rápidamente desfasados. Por tanto, hay que producir “justo a tiempo”, en el momento preciso, la cantidad exacta que con seguridad va a ser comercializada.

La diversificación del consumo está ligada a la capacidad de innovación de las empresas y a la introducción de elementos culturales en la inmensa mayoría de los bienes que se adquieren. Cuando se compra un producto, los consumidores valoran tanto la calidad como la novedad, el status o la historia que acompaña al mismo. En la sociedad de la información, la publicidad esparcida por los distintos medios de comunicación contribuye a crear la historia o “valor añadido” de muchos de los productos que consumimos con asiduidad en nuestra vida cotidiana. La posesión de algunos bienes materiales, como por ejemplo una determinada marca de vestimenta o automóvil, se llega incluso a considerar como un reflejo de la pertenencia del sujeto a un determinado grupo social o cultural. La moda es el estandarte de este caduco y diferenciado consumo. Cada temporada se impone un nuevo look que orienta la necesidad de renovar el anticuado vestuario.

Pero este fugaz consumo tiende a extenderse y a implantarse, en la medida de lo posible, por los más recónditos rincones del planeta. Las diversas mercancías que están concentradas en manos de multinacionales se distribuyen por países pertenecientes a los distintos continentes, de manera que es posible encontrar en estos lugares iguales o similares productos, tal vez adaptados en parte a la cultura de cada zona geográfica. Esto quiere decir que el consumo además de diversificado es prácticamente global: se consumen los mismos productos culturales en muchos sitios de forma simultánea.

La rígida organización burocrática de las instancias sociales también está experimentando un cambio paulatino. Al igual que en el mundo empresarial, la estructuración de la vida en sociedad comienza a adecuarse a modos de regulación y funcionamiento más flexibles. Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación brindan la oportunidad de instaurar una organización más particular. Según Castells: *“nuestras sociedades están fundamentalmente compuestas por flujos intercambiados a través de redes de organizaciones e instituciones”* (Nuevas perspectivas en educación, 1994, p. 42). Estos flujos no pueden ser reducidos exclusivamente a la información aunque esta sea uno de los rasgos principales de la sociedad post industrial.

El status social no depende ahora de la posición de un individuo o grupo en la estructura social, sino de su ubicación dentro de una determinada red. Así, podemos encontrar tanto sujetos que se encuentran en los márgenes o incluso excluidos de la red dominante, como sujetos que están incluidos en alguna red relevante: económica, política, científica, etc. Es inevitable, que los cambios que están aconteciendo en la esfera económica que se rige por los principios básicos de la globalización, afecten a la estructura social. Los nodos de la sociedad del conocimiento no son instituciones, sino mallas

configuradas por distintos tipos de instancia sociales: educativas, culturales, empresariales, gubernamentales, profesionales, etc. Las arterias de la sociedad de la información son las nuevas tecnologías que permiten la interacción social a distancia de modo sincrónico o asincrónico.

A modo de conclusión

Frente a esta realidad que nos presenta la postmodernidad y a modo de conclusión podemos decir que toda esta abrumadora variedad de cambios sociales, económicos, políticos, científicos, tecnológicos y culturales pueden llegar a provocar, confirmando el augurio de Toffler, un permanente y generalizado estado de perplejidad, incertidumbre y desasosiego en gran parte de la ciudadanía. La población se ve obligada a afrontar demasiados cambios en un periodo de tiempo cada vez más corto.

La acumulación de las transformaciones en los distintos subsistemas multiplica y acrecienta su poder renovador, puesto que se establece una interactiva retroalimentación o efecto sinérgico entre los distintos tipos de cambio.

REFERENCIAS

- Castells, M. (1994). *Nuevas perspectivas críticas en la educación postmoderna*. Barcelona: Paidós.
- Coronel, J. (1995). *Proyecto docente*. Madrid: Anaya.
- Delanty, G. (2000). *Civilización global*. Madrid: Gedisa.
- Delors, J. (1996). *La educación encierra un tesoro*. Madrid: Santillana UNESCO.
- Gardner H. (1995) *Inteligencias múltiples*. Barcelona: Paidós.
- Gidens, A. (1998). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Habermas, J. (1986) *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus.
- López, R. (2000). *Escuela pública y sociedad neoliberal*. Málaga, editorial Aula libre.
- López Ruiz J. (2005) *Construirle currículo global, otra enseñanza de la sociedad del conocimiento*. Málaga: Aljibe.
- Liotard, J. (1989) *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Ruiz de la Peña, Juan. (1995). *Cristianismo y postmodernidad*. México: Sal Terrae.
- Toffler, A. (1996). *Una nueva civilización*. Madrid: Voz de los sin voz.
- Torres, J. (1994). *Globalización e interdisciplinariedad*. Madrid: Morata.